



La autora sobre los acantilados que se extienden a lo largo del litoral vasco. F.J. BELTRÁN

LITERATURA UN RECORRIDO POR LA COSTA VASCA

DESDE BAYONA A SANTURCE POR TODA LA ORILLA

La escritora María Belmonte publica 'Los senderos del mar', un heterodoxo viaje a pie

ALFREDO MERINO MADRID

En estos tiempos de viajes a la carta, temáticos, exóticos, sofisticados, lejanos y multitudinarios siempre, María Belmonte nos enseña lo que siempre hemos hecho, lo primero que hicimos al bajar de los árboles: andar por la naturaleza. Y el lugar que elige no es manco: el litoral vasco. Lo recorre de punta a punta en una incalificable singladura de 229 páginas, extensísima y enjundiosa bibliografía incluida. Fruto de un agotador viaje que comenzó mucho antes de dar el primer paso, *Los senderos del mar. Un viaje a pie* (Editorial Acanalado), es el camino de la escritora bilbaína que hace sobre el diálogo eterno entre la roca y el mar y la historia de los hombres que lo habitaron y lo habitan.

Nos encontramos con Belmonte, que recorre estos días los viejos caminos muleros del contorno del Lago de Como, en el norte de Italia, para hablar de su anterior camino litoral. «Todo comenzó con la búsqueda de un olor». El aroma grabado en la pituitaria de una adolescente en una calle de Biarritz. Desde entonces le ha acompañado. «Ha permanecido conmigo durante todos estos años.

Intacto», reconoce la escritora. Esa insistencia pasó a ser llamada primero y deseo irreprimible después. Aún a sabiendas que aquella experiencia no iba a repetirse, que ni siquiera iba a ser ella misma, tiró para adelante.

«La escritura de este libro ha sido como recorrer un gozoso laberinto; cuando ya había decidido el tema (recorrer a pie la costa vasca y escribir sobre un paisaje) un amigo me invitó a cenar; es un editor retirado y tiene la buena costumbre de poner un cesto lleno de libros en la puerta de la casa». El ofato de la escritora hizo el resto. Escogió ni más ni menos *The edge of the sea* (La orilla del mar) de Rachel Carson. «Fue el detonante. Carson me transmitió su entusiasmo por los seres de la orilla, por los charcos de marea baja...».

No sólo le descubrió ese mundo fronterizo que no pertenece a nadie, ni a la tierra ni al mar, mucho menos al hombre. Le hizo conocer a otros muchos que antes que ella se fijaron en esa llamativa frontera. Bruce Chatwin, Patrick Leigh Fermor, Kaspar Friedrich, Baroja, Melville, Matsuo Basho, Víctor Hugo y Aristóteles son algunos de ellos.

«Aristóteles fue un tipo dotado de una inmensa curiosidad... le apasionaba la historia natural. De hecho, escribió mucho más sobre biología que sobre cualquier otra materia». El periodista le inquiere y Belmonte se lanza: «Me lo imagino perfectamente feliz en una de esas solitarias cabañas de pescadores que hay en Jaizkibel, viviendo frugalmente y observando las costumbres del halcón peregrino...». La autora va más allá: «Ya puestos, también me lo imagino yendo de pinchos por San Sebastián y tomándose unos potes por la Parte Vieja».

Lo que podía parecer un ejercicio de nostalgia se convierte en un canto al paisaje y sus hombres. «La propia historia de lugares como Biarritz, San Sebastián, Zarautz, etcétera, me hicieron reflexionar sobre el origen social de las playas y la moda de acudir al mar a bañarse, algo impensable hasta finales del XVIII. También ha sido una excusa para aprender sobre el océano».

Ideales ambiciosos los que mueven a esta caminante, que gusta co-

«Corremos el peligro de recorrer miles de kilómetros y seguir estando ciegos»

serse a los viejos caminos de contrabandistas, pescadores y mariscadores, algo que reconoce «llega a ser una necesidad». Belmonte la satisface de una manera bien apartada de las actuales y perniciosas tendencias turísticas: sola y aquí al lado. No necesita viajes tumultuosos a los miste-

ROCAS, AGUA Y HOMBRES

María Belmonte señala que el litoral que se extiende entre Bayona y Cobarón, el litoral vasco, es un universo de roca y agua. Su libro desvela que esa singular porción de costa a caballo entre España y Francia es, además, el universo de los hombres que lo han poblado y lo pueblan. En su crónica da cuenta de accidentes geográficos tan extraordinarios como *La Corniche*, entre San Juan de Luz y Hendaya, el *flysch* de Zumaya, la bahía de la Concha o el milagro de San Juan de Gaztelugache.

No por ello deja de lado la historia de gentes como los primeros surfers americanos, que trajeron el deporte de cabalgar las olas a Europa hace ahora justo 60 años. O las maravillas que encierra el Museo de Bellas Artes de Bilbao. No contenta con ello, realiza incursiones tierra adentro, como la que narra su encuentro con Iñaki Perurena, el irrepitible *harrijasotzaille* (levantador de piedras) euskaldún.

rios de la India, ni recluirse en un resort a todo trapo de la costa maya. Ella se ha quedado al lado de casa, en la costa vasca. Viaje mínimo que nos recuerda aquello de que lo pequeño, en este caso además cercano, es hermoso. «La naturaleza humana nos hace buscar el estímulo de lo no-

vedoso y de ahí ese ansia por viajar a lugares lejanos en busca de lo exótico. Pero si no aprendemos a aguzar nuestra mirada en los paisajes cotidianos, en el mundo que nos rodea, corremos el peligro de recorrer miles de kilómetros y seguir estando ciegos». *Thoreauiana* convendría, remacha: «Thoreau, de quien se celebra el bicentenario, escribió que 30 kilómetros cuadrados dan para toda una vida de paciente exploración. Por lo que la clave no es tanto viajar a lugares remotos, sino aprender a mirar con ojos nuevos...». Reconoce como «muy gratificante: haber contemplado con ojos nuevos lugares que yo creía conocidos y darme cuenta de que prácticamente cualquier paisaje, si aprendemos a mirar, puede revelarnos como una experiencia apasionante».

Receta fácil en apariencia, pero pocas veces posible. Aprender a mirar un paisaje, patearlo hasta convertirse en parte de él, hasta que las pisadas abandonen las cansinas botas de trekking para llevarnos a ese otro paisaje, *terra incognita* aún, que todos llevamos dentro. Descubrir el velo de la desquiciada cotidianidad para darse de bruces con el asombro de una solitaria cala golpeada por las olas. Así de simple, así de complicado es lo que cuenta Belmonte.

«Cuando uno se sumerge en la naturaleza, en las montañas, en los viejos caminos, te puedes desprender por un tiempo de esa pesada mochila que es nuestra civilización; te alejas del ruido, del parloteo, de los estímulos incesantes y quizá, si eres afortunado, llegas a darte cuenta de que tú también eres un animal, de que tú también formas parte de esa naturaleza que pretendemos sustituir con nuestra tecnología». Ni más ni menos.